**AMOR, CADENAS Y EL DICTADOR FRANCIA**

Don Juan de la Cruz Paredes de la Sierra y su hijo José María se predisponían a desayunar aquella fría mañana de sábado, cuando resonaron los tres balazos en toda la pequeña ciudad de Asunción.

* ¿Quién habrá sido el ajusticiado? – preguntó don Juan de la Cruz con sorna.
* ¡El fusilado! – respondió el hijo.
* ¡El conspirador!
* ¡El libertador!
* ¡Calla, si no quieres que la desgracia caiga sobre esta casa!
* Hace tiempo que la desgracia ha caído sobre todo el país, padre.
* ¡He dicho que te callaras!
* El silencio es nuestro aliado para seguir viviendo esta opresión que tritura nuestra condición de seres humanos – agregó José María para luego callarse ante la entrada de su madre al comedor.

Doña Mariana llevaba el rostro demudado, estaba asustada no sólo por los disparos que reverberaron en toda la ciudad, sino también por la frecuente discusión entre su esposo y su hijo; y más aún en presencia de los esclavos.

* ¡Será posible que no puedan guardar la compostura! – reclamó el ama de la casa.
* ¡Calla, mujer! Esto es una cosa de hombres – ordenó don Juan de la Cruz.

Doña Mariana guardó silencio, pero con una mirada indicó a Cándida y a Vicente que abandonaran el recinto. Don Juan de la Cruz comenzó a masticar el maíz y el maní tostado mientras lanzaba una torva ojeada a su primogénito. José María introdujo un buen pedazo de bife en la boca y comenzó a morderlo con rabia, sin bajar la vista ni pestañear ante los amenazantes ojos de su padre.

* ¡Es una locura que discutan estos asuntos delante de los esclavos! ¿No se dan cuenta del peligro que corremos? ¿Quieren que terminemos en una de las mazmorras del Dictador? – protestó doña Mariana.
* ¡Dije que te callaras! – vociferó don Juan de la Cruz.
* ¡Pero es que no entiendes!
* ¡Será posible que en estos veinticinco años no hayas aprendido todavía cuál es tu lugar, mujer! – insistió don Juan de la Cruz levantando la voz aún más.
* ¡Sé perfectamente que mi lugar es el silencio ante todo lo que ocurre en este país!, y muy especialmente ante lo que ocurre en esta casa – contestó y salió cerrando la puerta con ímpetu.

El silencio se adueñó del comedor. Ni padre ni hijo dijeron una sola palabra más, solo el crujir de los alimentos en sus bocas repiqueteaba como un eco en el amplio salón con cielorraso de tacuarillas y piso de ladrillos.

Todos sabían perfectamente quién fue el fusilado, ya que nada ni nadie escapaba de los corrillos asuncenos. A lo lejos se escuchaban algunos lamentos de los familiares del ejecutado, que ante la magnanimidad del Supremo tuvieron la gracia de recibir la orden para que el fusilado fuese sepultado cristianamente, y no ser devorado por los buitres en la Plaza de Armas aquel 27 de mayo de 1836.